

## El intruso

Joaquín levantó la linterna, el haz de luz subió despacio por el empapelado amarillento hasta la sábana blanca que cubría el óleo. Francisco dio un paso y tiró la sábana al piso.

-Apunta acá... No, está como los de la biblioteca. Mirá, vení.

La ojos verdes y las pupilas como cimitarras fue lo único que Joaquín distinguió del retrato, la tela tenía una rasgadura en el borde superior derecho; la pintura estaba saltada y con ampollas marrones.

-No entiendo, todos los retratos están iguales, parecen ojos de gato... ¿Escuchaste eso?

-Toda la noche estuviste escuchando ruiditos Joaquín.

-¡Ahí, mirá!

Francisco siguió el haz de luz hasta el fondo del pasillo. Al lado de una mesita con punteras de bronce, detrás del busto del general San Martín, se movía una sombra que saltó hacia ellos.

-¡Che, no grites así! Es un gato.

-Déjate de joder Francisco. Esta casa no me gusta. Huele a viejo, a humedad, a podrido. ¿No sentís qué nos siguen?

-Dale che, no seas payaso.

-¿Y los gatos qué estaban en el parque? Quietitos mirando la luna como si esperaran que pasara algo. Ni hablar de los tres que están en la cocina, las miradas diabólicas que tienen, cansados, como si tuvieran más de cien años. Te lo pido por favor, ¿nos podemos largar? Mirá, ya revisamos la planta baja. Todo esta arruinado: las pinturas, los libros de la biblioteca. Hasta el piano ese del salón, lo toqué y sus patas se vinieron abajo. Para qué seguir si no nos podemos afanar nada.

-Escuchá, la vieja se murió hace unos días y no tenía familia, las joyas siguen acá.

-¿Te acordás cómo la encontraron? Sus propios gatos dijo la policía. Y eso que decían que la vieja rondaba los ciento veinte años y que estaba como una de sesenta.

Francisco le arrebató la linterna y subió por la escalera en caracol.

-¿Dónde estás? Dale, che, que tengo miedo.

Joaquín dio unos pasos tanteando la oscuridad y se detuvo en el rellano. La luz se prendió de golpe debajo del mentón puntiagudo; hacía subir las sombras por el rostro, los ojos brillaban, la nariz enorme de Francisco como el pico de un cuervo.

-¡Imbecil! Me vas a matar del susto.

Escucharon el ruido de una pela entre los gatos que estaban en el jardín y después, de pronto, el portazo de la puerta de calle. Francisco apagó la linterna. Subieron la escalera en puntillas y se arrodillaron en el pasillo mirando la antesala por entre dos balaústres. Francisco creyó ver una sombra grande que entró en el comedor y apuntó la linterna. Está loco este, si la prende nos va a ver, pensó Joaquín y se la arrebató y muy cerca de su oído le dijo:

-Me dijiste que la vieja vivía sola.

-Shh... No hagas ruido.

Escucharon el ruido monótono, sin eco, de los pasos que martillaban contra los mosaicos de mármol como si fueran zancos. Los gatos reconocieron al intruso, gruñeron largando zarpazos al aire hasta que uno blanco lo atacó.

No podían ver el comedor desde la escalera y ninguno de los dos se animaba a bajar. Escuchaban la lucha, los gruñidos que se fueron apagando hasta quedar todo en silencio. Después, el ruido de la puerta de la cocina al cerrarse.

Joaquín no quería moverse pero Francisco se puso de pie y le hizo señas de que se levantara. El primer escalón rechinó y se detuvieron unos segundos. Francisco se quedó quieto, con la mano apretada a la baranda, conteniendo la respiración. Siguió, sintiendo a la mano de Joaquín en su hombro. Estaba muy oscuro, apenas se distinguía la larga mesa del comedor, las sillas de altos respaldos tallados, la puerta de la cocina al fondo y la luz amarillenta que filtraba por el resquicio. Francisco fue a la puerta de entrada del caserón, giró el picaporte oxidado y tiró hacia él.

-¿Y?

-Está cerrada.

-Pero si no tenía llave. Solo tenía esas maderas podridas y la cinta de la policía.

-Y qué quieres que haga, che. Busquemos la llave y listo.

Francisco tanteaba la mesita de los portarretratos del recibidor. Levantó la mano al sentir un líquido viscoso que se le escurría por lo dedos, el olor a carne en descomposición y el asco de aquella sustancia que parecía sangre le dieron arcadas y se limpió repetidas veces contra la cortina.

Joaquín retrocedió unos pasos cuando miró el vapor blanquecino que largaba la capa manchada de barro, con olor a humedad, a tierra putrefacta. Eso no estaba cuando entramos, pensó y volvió a la puerta. Tiró del picaporte con fuerzas, la madera crujió quedándose con la perilla dorada en la mano.

-¡Mierda, Joaquín! ¿Ahora cómo salimos?

-Las ventanas.

-No te acordás que las tapió la policía.

El intruso estornudó, una, dos, tres veces. Francisco fue despacio hasta la puerta de la cocina y apoyó la oreja contra la puerta. Se agachó para ver por el agujero de la llave. Un tocón de vela sobre la mesada de mármol verde daba más sombra que luz a los cuerpos sin vida de los dos gatos. El tercero estaba atado con una soga a la perilla del fregadero. El gato blanco lamía sus heridas y con la nariz se tocaba la pata rota. Del otro lado del fregadero, encima de un antiguo libro encuadernado en cuero había una cuchilla larga y oxidada. Francisco escuchó el murmullo apagado del intruso, como un gorgoteo, en alguna parte de la cocina. De repente ya no vio más nada, el intruso estaba en la puerta. Francisco contuvo la respiración y sin hacer ruido fue hasta donde estaba Joaquín. La puerta de la cocina empezó a abrirse y Joaquín salió corriendo por las escaleras y se metió en una de las habitaciones. Francisco entró justo cuando Joaquín cerraba la puerta. Después, muy rápido, Joaquín se apuró a prender la linterna: la llave colgaba de la cerradura, le dio dos vueltas y metió el pasador dorado en la ranura.

-Qué gatos ni que gatos Francisco, a la vieja la achuró *eso*. Viste su cara, llena de barro, como si hubiese salido de debajo de la tierra. Vení, ayudáme con la silla.

Encajaron el respaldo debajo del picaporte apuntalando la puerta. Francisco apoyó la oreja contra la madera y esperó. Los escalones rechinaban a cada paso del intruso.

-Está subiendo las escaleras.

Joaquín temblaba, aquello no era de este mundo y quiere matarnos. Apuntó la linterna a las paredes de la habitación: el empapelado celeste estaba roto y entre las grietas el color blanco del yeso. Sobre una mesita con viejos frascos de perfume colgaba un óleo que tenía cuatro surcos como un zarpazo y entre los surcos sangre; debajo, delineada sobre la alfombra con tiza blanca, la figura de la anciana ahí donde la policía había encontrado el cuerpo sin vida. Rasguñaron la puerta. Joaquín dirigió el haz de luz a la ventana, se acercó y apoyó la mano en las maderas de teca que la tapiaban.

El golpe en la puerta retumbó como un trueno. Joaquín abrió las manos. La linterna cayó al suelo con un ruido seco. Joaquín la levantó, le dio unos golpecitos e intentó prenderla pero cuando tocó el cristal roto y se dio cuenta que ya no serviría la tiró al suelo.

Otro golpe, más fuerte. Francisco apoyó el hombro contra la puerta para evitar que el intruso la tirara abajo. El siguiente golpe lo hizo saltar hacia atrás.

-Joaquín, vení rápido.

Se tropezó con la mesa y Francisco lo tomó de la manga antes de que se cayera y le susurró:

-Quedate en la puerta.

-Pará, ¿adónde vas?

-A buscar un arma.

-Te dije de traer el treinta y ocho del abuelo.

Joaquín respiró hondo y se apoyó contra la madera. No escuchaba nada. De repente, como si fuera el sonido de las garras de un gran gato, rasguñaron la puerta, fuerte, desde arriba hasta el resquicio de abajo.

-Francisco, ¿dónde estás? El loco está rasguñando la puerta con alguna especie de tijeras.

El encendedor largó una chispa y la pequeña llamita flameó trémula. Joaquín vio el rostro de Francisco, las sombras jugaban con sus labios, con su nariz y daban un brillo chispeante a los ojos negros. La llamita se alejó del rostro acercándose al escritorio junto a la ventana. La mano de Francisco se cerró en un objeto largo y dorado.

-¿Encontraste algo?

-Un abre cartas. Tiene buena punta pero no es filoso.

Joaquín apoyó la oreja en la puerta.

-No escucho nada. A ver, préstame el encendedor.

Acercó la llamita azulada al agujero de la llave. De golpe, del otro lado de la puerta, el intruso abrió un parpado y Joaquín vio la pupila alargada como una cimitarra. Pegó un grito, cayó de espaldas y se arrastró hacia atrás con los codos.

-¿Qué te pasó? ¿Qué viste?

Los escalones rechinaron. Francisco se apresuró a apoyar la oreja contra la puerta. El ruido lejano de unas llaves y el de una cerradura.

-¿A dónde tiraste el encendedor?

Joaquín no respondió. Francisco fue a gatas, tanteando la alfombra. Bajo la cama encontró el encendedor. Lo prendió. Joaquín temblaba acurrucado debajo del escritorio.

-Creo que se fue. Escuché la puerta de entrada, aprovechemos a bajar, en una de esas la dejó abierta.

Joaquín negó enérgicamente con la cabeza.

-Si te doy el abre cartas y el encendedor, ¿te calmas un poco?

Le pasó el encendedor y el abre cartas y lo ayudó a levantarse. Destrataron la puerta. La casa estaba silenciosa. Bajaron despacio por la escalera, una mano en la baranda y la otra, extendida, tanteando la oscuridad porque Joaquín no se animaba a prender el encendedor. Francisco se detuvo en el recibidor. No vio la capa embarrada en el perchero. La luz de la luna entraba por la puerta abierta. Francisco se

acercó a la entrada, viendo el álamo plateado junto a la cerca pintada de verde del parque, el camino de adoquines que se perdía en el bosque y, entre las huellas en el barro inverosímilmente grandes que venían hacia la casa, los cuerpos sin vida de media docena de gatos. La puerta se cerró de golpe y Joaquín gritó:

-¡Está al lado del sillón!

Joaquín subió la escalera a los saltos. Escuchó detrás las pisadas fuertes, el retumbar de los escalones y el grito terrible de Francisco que retumbo por las escaleras.

Joaquín se detuvo. Bajó un par de escalones. Escuchaba un murmullo apagado como un gorgoteo. Sin la luz de la luna estaba muy oscuro. Tanteó su bolsillo, sacó el encendedor y lo prendió. Francisco estaba tirado en los escalones con el cuchillo oxidado clavado en su espalda. Encima de él el intruso envuelto en la capa humeante y los ojos verdes como cimitarras mirándolo. Joaquín se precipitó por la escalera como si hubiese visto un ser de otro mundo. Llegó al pasillo, se metió en la habitación, cerró con la llave y con el pasador. Caminó hacia atrás hasta un rincón y se dejó caer resbalando la espalda por la pared. Mató a Francisco. ¡Lo mató! Abrazó sus rodillas hamacándose de adelante hacia atrás. Un golpe tremendo, como un cañonazo, sacudió la puerta. Escuchaba al intruso arañando la puerta con el cuchillo. Joaquín se alejó unos pasos empuñando con una mano el abre cartas y con la otra prendió el encendedor. La madera de la puerta, donde estaba la cerradura y el pasador, se partió.

La capa ocultando el cuerpo consumido, sólo los ojos verdes como cimitarras se veían del rostro embarrado. Por eso los gatos parecían de cien años y tenían esas miradas diabólicas, por eso la atacaron, pensó Joaquín mirando acercase el cuchillo que brillaba pálido como una lanza en las manos del intruso. Pero como no me di cuenta antes, lo veía tan claro ahora: era ella, sí, por eso es tan fuerte, por eso no murió y volvió de la tumba, sólo había perdido una de sus tantas vidas. Pero ya era tarde para entender. Joaquín levantó el abre cartas y la llamita azulada del encendedor se apagó.